



**El cinismo de un primate antropoide**

Iba a ser un día como otro cualquiera. Hacía tiempo que no me dolía la espalda, pero eso solo significaba que ya quedaba menos para que la lumbalgia, fiel a sus intervalos, se presentara de nuevo. La artrosis de las rodillas, desde no podía precisar cuándo, hacían que mi caminar tuviera un aspecto cansino, como de viejo carcamal, que era en lo que me estaba convirtiendo. Sí, había entrado en un proceso irreversible de carcamalización, palabra que debería recoger el diccionario por lo bien que define la evolución natural de quien supera cierta edad. Me consolaba con aquello de que si pasados los cincuenta no te duele nada es que estás muerto. Yo, a mis cincuenta y cinco, puedo dar fe de que sigo vivo; la colección de pequeños dolores me lo certifica a diario.

Me levanté de la cama y tras aliviarme, procedí al aseo dental y al enjuague de la boca. Inevitablemente pensé en esas películas en las que una pareja se despierta en la cama y empiezan a besarse con avidez: se me antoja más increíble que los efectos especiales de una de ciencia-ficción. En mi caso, el asqueroso aliento matutino provocaría arcadas a la mujer que osara intentarlo y con seguridad destrozaría el romanticismo del momento. Ducha posterior, indecisión sobre si hacer la cama o dejarlo para la tarde cuando regrese a casa, o como viene ocurriendo cada vez con más frecuencia, dejarla así hasta la noche; un trabajo menos. Es el proceso natural que acompaña a un cínico separado de vuelta de todo. Mi ex mujer había rehecho su vida y me alegraba por ello. El último año de vida en común llegué a detestarla por su insistencia en salvar lo nuestro aunque, pienso ahora, lo que en el fondo me provocaba rechazo era que quisiera seguir junto a un tipo como yo. Creo que intuía en ella un conformismo que rayaba la mediocridad, y se ve que eso me molestaba especialmente. La mía, a la vida me refiero, se ha convertido en una monótona sucesión de días en los que uno perfecto transcurre tumbado frente al televisor, viendo todo tipo de deportes y con una buena provisión de cervezas a mi alcance. Estoy meditando seriamente trasladar el frigorífico a la sala, junto al sofá. Soy el inevitable exmarido, el hijo que se soporta, el yerno detestable, el cuñado insoportable, y el amigo que tiene cierta gracia. Es decir: una joya.

“Vamos al tajo”, me dije. Soy un administrativo del ayuntamiento de mi ciudad, que cumple con todos los tópicos del funcionario quemado. “Bourn out” lo llaman ahora; requemado me suena mejor y menos pedante. Me siento algo hastiado de los neologismos que, con demasiada frecuencia, inventan ciertos expertos para decir lo que venimos diciendo toda la vida con otras palabras; hasta los cojones también vale.

El café en el bar de siempre, con la prensa del día. Hoy conseguí hacerme con el periódico sin demasiados problemas tras un acercamiento estratégico a un tipo que, sabía yo, no iba a tardar en soltarlo; habilidades de perro viejo. Después a fichar, a la mesa de siempre, con los compañeros de siempre y atender a los indignados de siempre porque, a “Tributos”, suelen venir ciudadanos con alguna queja por no entender los complicados impresos cargados de lenguaje administrativo deliberadamente incomprensible. Pero hoy será algo diferente, es el primer día del nuevo consistorio tras las elecciones del mes pasado. A las diez está previsto que se presente el alcalde. Nos dará la mano uno a uno; sonrisa encantadora pero tensa; las palabras de siempre: sois el motor del ayuntamiento, vuestro esfuerzo encomiable tatata, tatata...: se admiten apuestas.

Ahí llega, todos nos levantamos. Es muy joven: un pipiolo que no tendrá más de treinta y cinco, acompañado de un tipo estirado con el pelo engominado, su secretario o algo así. Me da la mano con sonrisa tensa. ¡Qué malos actores! Después se sitúa en el centro de la sala y con las manos en la espalda empieza el discurso:

—Quiero transmitir mi compromiso personal en esta nueva etapa. Sé que sin vosotros el ayuntamiento no podría funcionar, y tengo una fe ciega en vuestra profesionalidad y dedicación. Todos y cada uno de vosotros sois necesarios y sé que adoptaréis con entusiasmo las medidas para incrementar la eficiencia que...

Mi mente elabora un discurso paralelo: “Pandilla de gandules que por culpa de sucesivos gobiernos débiles, esos chantajistas que llaman sindicatos, han conseguido que tengáis unos privilegios vergonzosos, que si yo pudiera os echaría a la mitad y al resto los pondría a trabajar en serio...”. Respondo aplicando la tercera ley de acción y reacción de Newton aunque, asimismo, evito que salga por mi boca: “Y vosotros, chorizos de mierda, que si no fuera porque tenemos la plaza fija ya habríais colocado a más enchufados que hicieran la vista gorda a vuestros desmanes. Tenéis menos credibilidad que un zorro en un gallinero”.

Acaba el discurso y con él mis silenciosas elucubraciones. De nuevo nos da la mano uno por uno obsequiándonos otra sonrisa, ahora algo más relajada. Cuando se acerca, mi imaginación vuelve a campar a sus anchas. – Con inusitada rapidez, agarro la grapadora, la abro por la parte inferior y de un certero golpe le clavo una grapa Petrus en su ojo derecho; mientras chilla como un poseso doy un salto imposible, tomo el calendario dedicado a los impuestos municipales que tengo sobre la mesa y con su cortante hoja, le meto un tajo en el cuello que secciona la arteria aorta. Un espeluznante

chorro rojo impulsado por el bombeo del corazón, sale proyectado por la abertura y le entra por la boca al engominado que le acompaña, llevándolo al borde del ahogamiento.

Me da la mano al tiempo que me dice que su puerta estará siempre abierta. Se lo agradezco y le doy la bienvenida mientras sonrío esperando que capte la ironía. Se despide y se marcha. En el negociado, los comentarios de Fani y Sonia, las dos auxiliares administrativas, y los de Matías, el jefe de Tributos, dejan patente la buena impresión que les ha causado el nuevo alcalde. Qué felices se les ve, bueno, ya se sabe: un optimista es un pesimista que aún no se ha enterado. El resto de la jornada transcurre con tediosa normalidad. Al llegar a casa decido dejar la cama sin hacer, me tumbo en el sofá, tomo el mando del televisor, fuente de discusión entre parejas, cetro del poder para los solitarios, y me pongo a zapinear: “un día más en el paraíso”, pienso con sorna.

Jueves y de nuevo en el negociado. Ya queda menos para el fin de semana. Puede que éste haga un extra quedando con Javier, para ir a ver el partido cenando en el bar. Al sentarme en mi mesa, la visión de la grapadora y del calendario evocan por un instante mi imaginario ataque del día anterior. Nada más volver al presente, Matías me sorprende con la noticia:

—El alcalde ha pedido que acudas a su despacho – me dice más sorprendido que yo.

—¿Sabes para qué?

—Ni idea. Ha llamado su secretaria y me ha pedido que, cuando llegaras, acudieras al despacho del alcalde; no sé más.

—Bueno, será un asunto malo o peor. ¿Tú que crees?

—Igual te nombra concejal de Tributos. Por si las moscas, te empezaré a llamar Don Antonio – dice con guasa.

—Harás bien – respondo con igual guasa.

Me levanto y me dirijo hacia Alcaldía caminando con paso vacilante, con la ambivalencia de la curiosidad y la desgana. La secretaria del nuevo alcalde anuncia mi llegada y, tras unos breves minutos, espera que no atino a darle significado alguno, me hace pasar. Al entrar, el alcalde se levanta, se acerca bordeando la mesa de su despacho y, sin dejar de sonreír me da la mano:

—Antonio, gracias por venir.

“Como si tuviera opción”, me digo.

—A su servicio, señor alcalde.

—Te ruego que me llames Francisco. Si yo te tuteo siento la necesidad de que correspondas con el mismo trato. Si eso te hace sentir incómodo, pues nos tratamos ambos de usted.

—Bueno, como quieras, Francisco – dije pensando hasta cuándo duraría ese tuteo.

—Bien. Por favor sentémonos y hablaremos más cómodos.

Me invitó a hacerlo en una de las butacas que rodeaban una pequeña mesita de cristal, algo alejadas de su mesa de trabajo donde debía tratar los asuntos oficiales.

—Te preguntarás qué haces aquí.

—En todo el recorrido que media desde mi mesa de trabajo no he encontrado ninguna respuesta plausible – dije con una cierta ironía sin malicia.

—Ha, ha, te comprendo. Te va a extrañar mi petición, pero ¿podrías decirme exactamente lo que opinas de mí? No los convencionalismos a los que te sientes obligado y, por favor, no te guardes nada, te aseguro que me harás un favor y no te lo tendré en cuenta.

Sorprendido por la petición, mantuve el silencio unos segundos mientras sopesaba la oportunidad de manifestar realmente lo que opinaba. Él seguía mirándome con el semblante serio aunque sin tensión, como invitándome a hablar cuando lo considerase oportuno. “¿Y por qué no?”, me dije. “tú lo has querido, pues me despacho a gusto y después me despachas tú a mí como te apetezca. Por lo menos sorprenderé a los compañeros cuando se lo cuente”.

—Como quieras – dije tras un suspiro –. Pienso que eres, como todos, un ambicioso que desea el poder como un fin en sí mismo y que, como además pensarás que tienes derecho a enriquecerte con dinero público, probablemente colocarás a un amiguito en la concejalía de urbanismo, que es donde todos sacáis tajada con la circulación de sobres de promotores y constructores. No es nada personal, es la experiencia de demasiados años escuchando el mismo discurso y viendo las mismas actuaciones.

Me callé expectante y preparado para cualquier reacción, convencido que ninguna iba a ser buena. Él no había cambiado su expresión y seguía mirándome, quizás con un, casi imperceptible, atisbo de tristeza. Antes de hablar también suspiró:

—Te aseguro que no me sorprende y te agradezco la sinceridad; lo necesitaba.

Reconozco que su primera reacción me dejó algo descolocado. Me mantuve en silencio y expectante.

—Antonio, necesito cambiar eso. Reconozco que no estoy seguro de cómo hacerlo pero, si no consigo abrir una brecha en esa percepción, sentiré que mi mandato ha fracasado. No eres el primero a quién he pedido la opinión, pero sí el primero que no se ha cortado. Los demás han sido, formales algunos, diciendo lo que calculaban que yo deseaba oír, y extremadamente pelotas otros, lo que me ha provocado verdadera vergüenza ajena.

—Celebro que lo veas así aunque no me hace gracia decirle lo que pienso, nada menos que al alcalde. ¿Y ahora qué?

—Me gustaría que meditaras la idea de ser asesor mío. No te quiero forzar a nada en lo que no quieras involucrarte, pero realmente creo que necesito personas con las ideas claras y sin miedo a decirme lo que piensan.

Ahora sí que me había sorprendido de verdad. Si fuera el personaje de un cómic, mi mandíbula habría descendido hasta chocar contra el suelo del despacho. Me rogó que no tomara una decisión precipitada, que meditara hasta dónde estaba dispuesto a comprometerme con un serio intento por cambiar las cosas y, por supuesto, ser asesor conllevaba un aumento de sueldo.

El resto de la jornada no pude pensar en otra cosa. De regreso a casa sentí la necesidad de hacer la cama, pasar el aspirador y poner la lavadora, como si un impulso de cambio hubiera calado en mi conciencia. Ese joven transmitía honestidad por los cuatro costados y yo sentía que debía ayudarlo. Por primera vez, el cinismo que se había instalado en mi espíritu largo tiempo atrás, cedía a una impetuosa necesidad de mejorar las cosas. Acepté y, para sorpresa de los compañeros de mi negociado, fui trasladado a un despacho junto al del alcalde. Desde el primer momento aquel joven parecía coger el toro por los cuernos:

—Antonio, cuáles son, en tu opinión, los negociados más sensibles a la corrupción, y qué medidas adoptarías para evitarlo. No es necesario que me respondas ahora mismo, pero te pido que lo medites sobre la base de tu experiencia, y que propongas medidas correctoras.

En los días siguientes, tras meditarlo y consultar con otros compañeros, le propuse una serie de actuaciones que, pensaba yo, sentarían las bases para evitar futuras corruptelas. Francisco tuvo su primer rifirrafe con un compañero de su propio partido

político, cuando se negó a colocar en algunos puestos clave a determinados personajes de los que desconocía su valía. La discusión subió de tono hasta que sus voces alcanzaron los decibelios justos para ser consideradas gritos, pero eso no hizo sino reafirmar mi confianza en su propósito de enmendar viejos vicios y acabar con la porquería de siempre. Francisco se concentró en organizar equipos de trabajo con funcionarios de diversos departamentos y negociados y evitó la contratación indiscriminada de asesores políticos. Se generó un ambiente de confianza en la dirección, se respiraba ilusión y eficiencia. Incluso mi vida estaba cambiando: mis rodillas parecían haber mejorado y mi andar cansino se volvió más firme y resuelto; el orden y la higiene imperaba en mi casa y la cama no dejaba de hacerse a primera hora de cada día, antes de partir con renovada ilusión hacia el ayuntamiento; mi viejo ordenador cobró vida y empecé a invertir horas en planificar y ordenar ideas de mejora, fruto de intuiciones y reflexiones personales. La tele pasó a un segundo o tercer plano.

Quince días después apareció el primer síntoma de que algo se movía en “las alcantarillas”. Francisco se veía tenso y preocupado. Me interesé por el motivo, aunque intentó tranquilizarme:

—Tensiones políticas. A algunos no les gustan los cambios y no comprenden que, lo que ellos entienden por su oportunidad, no encaja con la eficiencia en la gestión. Pero no te preocupes, lo llevo bien y no pienso ceder ni un milímetro.

La prensa local se hizo eco de ciertas discrepancias en el seno de la fuerza política mayoritaria en el ayuntamiento, aunque el portavoz, el alcalde y otros responsables del partido lo negaban tajantemente; en apariencia todo era normal y la unión era férrea. Sin embargo los que colaborábamos con Francisco sabíamos que no era así. Nos animaba la solidez de ideas y la firme determinación que mostraba.

Todo cambió cuando alguien filtró a la prensa aspectos poco claros del pasado de Francisco, con relación a la desaparición de cierta cantidad de dinero en la multinacional donde él había sido un directivo emprendedor. Francisco estaba furioso y nos aclaró que fue precisamente él quien denunció el desfalco, pero la duda estaba ahí. “Calumnia que algo queda”, decía el refrán. Hasta ese momento había sabido bregar con las dificultades, pero el juego sucio le daba asco y le hería profundamente. Lo siguiente que ocurrió fue que Francisco conoció a una atractiva mujer que lo encandiló. Cayó en la trampa y ciertas fotografías donde ambos aparecían besándose como unos quinceañeros en celo, empezaron a circular en los medios provocando una fuerte crisis en su matrimonio. Las ojeras presidían su rostro, en su partido se alzaron voces en su

contra: si una persona no era honesta en su vida privada ¿Qué garantías había de que su honradez era distinta en el ámbito público? Francisco se venía abajo. Me llamó a su despacho:

—Me la han jugado. Esa mujer era una trampa.

Suspiré antes de responder:

—No te llesves a engaño: ser honesto no te da permiso para ser ingenuo. Hoy en día con cien euros puedes contratar a un pibón, y con doscientos tienes a mis Rumanía. Deberías haber ido con pies de plomo.

—Uno no espera esos comportamientos de sus propios compañeros de partido. Incluso algunos concejales a los que yo mismo promocioné, me han dado la espalda y piden mi cabeza.

—Han usado métodos muy sucios pero, a estas alturas, tú ya deberías saber que los peores enemigos están dentro del propio partido. Lo otro son solo rivales políticos. Si no eres consciente de ciertas realidades quizás no estás en el sitio adecuado.

—Yo no sé jugar sucio. Ahora mismo lo único que deseo es salvar mi matrimonio.

—Siento ser yo quien te lo diga, pero estás acabado.

No respondió. Su mirada se dirigía hacia el suelo y con su silencio me dijo muchas cosas. Me levanté y antes de salir quise dejar claro lo que pensaba:

—Si te sirve de algo, te diré que creía en ti, en tu proyecto, pero yo tampoco fui consciente de la realidad y me recrimino por ello.

Se mantuvo en silencio y dejé el despacho sin más. Recogí mis pertenencias en una caja de cartón y me encaminé hacia Tributos. Matías y las auxiliares me vieron llegar y dejar la caja sobre mi mesa de siempre. No atinaban a decir palabra alguna por la sorpresa. Así que hablé yo:

—Jefe, mañana vuelvo a mi puesto, pero por hoy sigo siendo asesor del alcalde y me tomo el resto del día libre.

Partí sin más. Al llegar a casa, y cediendo a un impulso que reconozco algo inmaduro, quité la colcha de la cama y deshice la sábana. Entré en la cocina y desenchufé el frigorífico. No sin dificultad, arrastré el pesado Kelvinator hasta situarlo junto al sofá de la sala de estar. De un cajón donde guardaba todo tipo de útiles eléctricos, saqué una conexión múltiple y la enchufé a la toma de la pared donde había una lamparita de lectura. Conecté la clavija de la nevera y pude percibir el sonido del



compresor recuperando sus funciones. Abrí la puerta y saqué una cerveza de lata, me apalanqué en el sofá y tomé el mando del televisor. “El cetro del poder”, pensé mientras mi boca torcida insinuaba una sonrisa.